LA ESTRATEGIA DEL ALTIPLANO BOLIVIANO EN UNA RECAPITULACION HISTORICA

(UNA CARTA DEL GENERAL SAN MARTIN)

Proposición

1. La altiplanicie boliviana, con el complejo geográfico que la circunda, recibe solicitaciones y a su vez reparte influencias sobre los océanos Pacífico y Atlántico.

2. De otra parte, debido a su conformación física y a su situación, es la base natural de la maniobra por líneas interiores de Sudamérica.

3. La interacción de estas dos características gravita enormemente en el destino histórico del continente; unas veces como manantial de una poderosa e inescrutable irradiación política y cultural y otras como expresión de fortaleza cuya suerte ha contenido o decidido una transformación general.

La capital del Imperio Incaico fue establecida en el valle del Cuzco, que es parte integrante de su ecumene, y fue, por tanto, el polo de la dirección social y militar de esos dominios. Siglos más tarde las ideas de libertad e independencia política se diseminaron desde otro de sus valles, Charcas, y culminaron, para todos, sólo cuando este bastión fue rendido.

4. El presente ensayo tiene la pretensión de verificar con un ejemplo histórico la validez de estos conceptos.

Antecedentes

La consolidación de la independencia de la República Argentina no encontró sus mayores dificultades en su propio territorio, sino en los vecinos, y de manera excepcional en el Alto Perú (Bolivia). El primer Gobierno propio, establecido el 25 de mayo de 1810, ordenó, como una de sus primeras medidas, la formación de un Ejército destinado a auxiliar a las Provincias Altas, que desde hacía ya un año estaban empeñadas en desproporcionada lucha contra las fuerzas de la corona española. Este Ejército fue derrotado en 1811, cuando había alcanzado el límite entre los virreinatos de La Plata y del Perú, a orillas del lago Titicaca, a 4.000 metros sobre el nivel del mar y a

unos 2.900 kilómetros de Buenos Aires. Las causas de este desastre, como las de los otros que le siguieron, pueden ser atribuidas a la impericia técnica de sus comandantes y a su falta de capacidad de mando; ambas comprensibles tratándose de oficiales sin otra formación que la de su entusiasmo y devoción por la causa de la libertad. En noviembre de 1813 es derrotado, también en el Altiplano boliviano, el Segundo Ejército Auxiliar Argentino.

Dado que el Alto Perú constituía entonces la misma entidad política, pues estaba incluido en la jurisdicción del Virreinato de Buenos Aires, y la gran importancia que tenía para la seguridad del movimiento revolucionario del Plata, habríase encomendado una nueva expedición militar al General José de San Martín; pero éste, llevado por las experiencias de las anteriores, pensó que el triunfo decisivo de las armas patriotas habría que buscarlo más bien conquistando la ciudad de Lima, a la sazón capital del Virreinato del Perú, y que esto podría ser realizado sólo mediante un gigantesco envolvimiento consistente en atravesar Chile y doblar luego al Norte, llegando por mar al objetivo. De esa manera se evitaría el inexpugnable territorio del Alto Perú.

Este concepto se encuentra magistralmente expresado en la hoy célebre carta que San Martín escribiera a un amigo suyo el 22 de abril de 1814, siendo precisamente Comandante del Ejército del Norte Argentino, y cuando se esperaba que sus innegables dotes militares conseguirían, por el mismo camino, lo que los anteriores no habían podido.

Por la extraordinaria fidelidad con la que posteriormente trató de realizar las ideas expresadas en ese documento y por la gran influencia que esta realización tuvo no sólo en la suerte de las operaciones militares, sino también en la conformación política de la parte meridional de este continente y en modo concreto de la Argentina, Bolivia, Chile y el Perú, resulta interesante conocerlo y hacer algunas observaciones sobre su ejecución.

La carta

> «No se felicite, amigo, de lo que yo pueda hacer en ésta [Tucumán, Argentina, donde se encontraba su cuartel general]; no haré nada, y nada me gusta aquí. La Patria no hará camino por este lado del Norte que no sea una guerra defensiva y nada más; para esto bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar otra cosa es empeñarse en echar al pozo de Ayron hombres y dinero. Ya le he dicho a usted «mi secreto». Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también

con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas, pasaremos por mar a Lima; ése es el camino y no éste. Convénzase usted: hasta que no estemos sobre Lima la guerra no acabará.»

Sin embargo, cuando por fin llegó a Lima, siete años después (agosto de 1821), estuvo muy lejos de ver cumplido su propósito, perseverante y heroicamente perseguido por lo demás; las tropas realistas estaban todavía en el Alto Perú escalonadas en la montaña sobre los caminos que conducen a él y aún más fuertes que antes. Mirándolo desde las playas del Pacífico lo encontraba igual que desde las del Atlántico; como una fortaleza que domina ambos océanos; con valor estratégico absoluto y no relativo; independiente y no apoyado por otros factores de la misión.

Para entonces Simón Bolívar se había acercado también con sus fuerzas al Virreinato del Perú; y este hecho suscitó entre ambos la consiguiente fricción de potenciales y de personalidades, que ocasionó el alejamiento voluntario del General San Martín a Europa cuando no había indicio alguno de que la guerra llegara a su fin.

El objetivo

El General San Martín pensó que si la causa de la libertad hubiese sido finalmente impuesta en el Alto Perú mediante auxilio de las armas argentinas, no se habría alcanzado un resultado decisivo, por la simple razón de que el peso del poderío de la corona española radicaba más al Oeste, en el Bajo Perú, concretamente en Lima.

Vale decir que aun en la suposición, arriesgada y remota, de que todo resultara bien en las Provincias Altas, surgiría siempre y de inmediato la necesidad de proseguir las operaciones hasta el océano Pacífico, donde estaba la raíz de la resistencia española.

De nada serviría empujar las tropas realistas a través de la cordillera de los Andes hasta echarlas solamente de los límites territoriales de las Provincias Unidas del Río de la Plata, nombre republicano del Virreinato de Buenos Aires, si detrás de esos límites podrían reorganizarse y constituir una amenaza indefinida.

Entonces el objetivo final de la Revolución, en su entender, era Lima: el gran centro político colonial; allí se decidía y se ordenaba; allí se organizaban y equipaban las tropas adversarias, y era allí de donde éstas venían a combatir al Alto Perú y a amenazar Buenos Aires. Luego, lo que realmente importaba era conquistar la capital del Virreinato del Perú, sin interesar mucho por dónde ni cómo se llegara.

Con ella en poder de las fuerzas independientes se habría asegurado recién la independencia argentina y la de los países vecinos.

El primer curso de acción: a Lima vía La Paz

El General San Martín consideró al Alto Perú sólo como una posible dirección de operaciones hacia Lima, es decir, como uno entre dos caminos que existían y no como una zona estratégica cuya posesión era imprescindible. Y en función de este criterio inexacto, por parcial, resultaron naturalmente negativos los planes subsecuentes que formuló. Y resulta muy importante aclarar también que este error fue independiente de otro que cometiera al considerar como objetivo final la conquista de la capital del Virreinato del Perú, puesto que ésta, por su valor militar, no era decisiva, y por su valor político era convencional.

Así, pues, el terreno y la situación debieron haber tenido aproximadamente la siguiente conceptuación para el jefe argentino.

El terreno.—El camino hacia el Alto Perú significaba vencer la gigantesca mole de la cordillera oriental alto peruana, luego atravesar diagonalmente el Altiplano, tramontar la cordillera occidental y bajar a la costa peruana finalmente, en un recorrido de 4.000 kilómetros desde Buenos Aires ó 2.800 kilómetros desde Tucumán.

La marcha desde el Norte argentino se realizaría siempre en ascenso, por centenares de kilómetros, a través de profundas gargantas en las cuales bastaría un alud desprendido de las cumbres para detener un ejército. Prosiguiendo la marcha más allá de Potosí, hacia Oruro y La Paz, se dejaban a la derecha y a retaguardia grandes valles transversales que constituían direcciones de probable reacción adversaria: Tarija, Sucre, Cochabamba. El Altiplano mismo resultaba una estepa inhóspita y demasiado lejana, por otra parte, para esperar apoyo de nadie. Los abastecimientos serían precarios, no existían posibilidades adecuadas para la explotación de recursos locales. Como corolario, la gran fuerza defensiva del terreno estaba íntegramente del lado enemigo hasta el momento en que se alcanzara el lago Titicaca. El clima severo y los efectos de la altura sobre los hombres eran otros dos aspectos que empeoraban la perspectiva.

La situación.—En el Alto Perú la revolución de la independencia comenzó antes que en otras partes de la América española (mayo de 1809, en la ciudad de Charcas, capital del país). A los cincuenta días le sigue La Paz, con un pronunciamiento mediante el cual se destituyeron a las autoridades de la Corona sustituyéndolas por una Capitanía

General y una asamblea deliberante llamada Junta Tuitiva de los Derechos del Pueblo. Tal movimiento es prestamente sofocado por un fuerte ejército realista venido del Bajo Perú, y sus promotores ahorcados (enero de 1817). En septiembre del mismo año estalla otra revolución en Cochabamba, secundando a Buenos Aires y reconociendo su autoridad. Se organiza febrilmente una tropa irregular armada en su mayoría de garrotes y hondas al mando de un caudillo criollo que no tenía educación militar alguna.

Salió al encuentro del Ejército español, y consiguió, al norte de Oruro, una estupenda victoria; pues, cuando los rústicos patriotas consiguieron acercarse lo bastante a las organizadas huestes adversarias las batieron prácticamente a palos. No tuvo este triunfo gran importancia militar. A los pocos meses, con la derrota del Primer Ejército Auxiliar Argentino, el Gobierno realista recobra parcialmente el control del país.

Entre 1811 y 1812 se convierte todo en un gran campo de lucha. Mientras una parte de las tropas peninsulares persiguen a los restos del Ejército argentino, reforzado por miles de voluntarios del país, y lo destrozan finalmente en las batallas de Ahmiraya y Suipacha; por otra, se sublevan las ciudades de Santa Cruz y Tacna. Cochabamba también lo hace por segunda vez, y sus 4.000 milicianos, de los cuales 500 tenían fusiles, son nuevamente aplastados y el Ejército realista entra en la ciudad, que es convertida «en pasto de las más execrables iniquidades».

El año 1813 fue el del desastre del Segundo Ejército Auxiliar Argentino y la iniciación del período de las guerrillas, que había de durar más de diez años, alternados por una nueva e infructuosa intervención argentina, la última (1815). La noticia de la derrota de esta fuerza en Sipesipe hizo pensar al General San Martín que la bondad de su criterio era infalible, como si las dificultades del Alto Perú fueran prenda de seguro éxito en la zona en la que él se había propuesto actuar.

De esta manera, el Alto Perú había polarizado el esfuerzo bélico realista. No sólo había allí considerables efectivos, sino que en el cercano Bajo Perú existían muchos más para reforzarlos con extraordinaria facilidad. Estaba, pues, muy bien guarnecido y al alcance de su base logística.

Por lo tanto, este curso de acción era peligroso, difícil, penoso y largo. ¿No se lo había probado ya tres veces inútilmente?

Sin embargo, considerado como zona pasiva, tenía sus grandes ventajas.

Desde luego, con respecto a la seguridad de Buenos Aires, el Alto

CALENDARIO COMPARADO NUM. 1

Años	Teatro de operaciones del Altiplano boliviano	Teatro de operaciones del General San Martín	Teatro de operaciones del General Bolívar
1809	— Insurrección de la ciudad de Chuquisaca (Charcas) (25 de mayo). — Insurrección de la ciudad de La Paz (16 de julio).		
1810	— Insurrección de la ciudad de Cochabamba (14 de septiembre). — Batalla de Suipacha (7 de noviembre). — Revolución de Potosí (10 de noviembre). — Segunda revolución de Chuquisaca (13 de noviembre). — Batalla de Aroma (14 de noviembre).	— Proclamación de la Junta de Gobierno de Buenos Aires (25 de mayo). — Proclamación de la Junta de Gobierno de Chile (18 de septiembre).	— Proclamación de la Junta de Gobierno de Venezuela (19 de abril). — Insurrección de Bogotá (20 de julio).
1811	— Desastre de Guaqui Lago Titicaca, 20 de junio). — Batalla de Hamiraya (13 de agosto). — Sublevación de Santa Cruz (24 de septiembre). — Nueva sublevación de Cochabamba (29 de octubre).		— Declaración de la Independencia de Venezuela (5 de julio).
1812	— Desastre de Suipacha (12 de enero). — Desastre del Quinual (24 de mayo). — Saqueo de Cochabamba (27 de mayo).	— Triunfo de río Las Piedras (3 de septiembre). — Victoria de Tucumán (24 de septiembre).	— Derrota de Puerto Cabello (30 de junio).
1813	— Desastre de Vilcapujio (1 de octubre). — Desastre de Ayuma (14 de noviembre).	— Victoria de Salta (20 de febrero).	— Culminación de la campaña triunfal de Bolívar en Caracas (6 de agosto).

Perú había resultado particularmente efectivo para absorber y distraer la atención española. Sus pobladores, que luchaban sin armas, sin instrucción, sin comandantes, contra las bien abastecidas tropas realistas, que invariablemente venían del Bajo Perú, habían servido para contener a éstas en su avance hacia el Sur e impedir que penetraran en territorio argentino; es por esto que, salvo esporádicas ocasiones, no fueron amenaza alguna para el Gobierno del Plata. Por tanto, si se encontraba que resultaba práctico marchar por Chile, esta magnífica función neutralizadora del Alto Perú era una garantía de seguridad para la retaguardia del ejército expedicionario. San Martín había expresado en la referida carta: «Para esto bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de veteranos.» Fue una apreciación correcta.

Pero las características que en realidad definieron el rol militar y político del Alto Perú durante la guerra de la Independencia fueron más bien las siguientes:

1.ª Estando situado entre los virreinatos de Lima y Buenos Aires y atravesando por su territorio el único camino transcontinental que los unía, jamás habría podido mantenerse separado o aislado bajo ningún tipo de gobierno (independiente o colonial). Por esto era necesario que por lo menos uno de sus vecinos le extendiera apoyo.

2.ª Recíprocamente, ninguno de éstos podía considerar definida, ni siquiera estable, su situación si no contaba con el Alto Perú.

3.ª El inmenso complejo: meseta andina, cordilleras circundantes y valles, que por occidente llegan hasta cerca del océano Pacífico, constituye una fortaleza geográfica que, considerando los requisitos logísticos de la época, permitía además una plena autonomía.

El Gobierno de Buenos Aires comprendió instintivamente, mejor que el General San Martín, estas relaciones, como veremos más adelante; pero los mandos de la Corona hicieron más por apoderarse de él y mantenerlo a ultranza.

Por tanto, la maniobra de envolvimiento por Chile y el océano Pacífico no vulneraba sustancialmente la ya favorable situación realista, y, por el contrario, dejaba abierta la posibilidad enemiga de avanzar hacia el Sur.

El curso de acción elegido (2.º) no se plasmó como naturalmente debía a estas sencillas ecuaciones de terreno, estrategia y política y, más bien, fue en contra de ellas, ocasionando en lógico efecto la complicación, increíble duración y elevado coste, en términos vitales, de las campañas que sólo culminaron con la intervención integral del propio Alto Perú, de la Argentina, Chile, Perú y Colombia, además del carácter de hierro y la concepción militar de Simón Bolívar.

Chile, durante la colonia, constituía una angosta y larga faja geográfica casi totalmente aislada dentro del mismo continente.

A decir de Mitre, «había vegetado oscuramente en medio de la abundancia y de la paz». Situado frente a la inmensidad del océano Pacífico, tenía por detrás la barrera de los Andes; al Norte, el desierto de Atacama, que lo separaba de Lima, y al Sur, la zona Antártica. Por estas razones, en 1778, el Gobierno de España había constituido en este país una entidad política diferente, denominada Capitanía de Chile. Entonces las comunicaciones marítimas por el estrecho de Magallanes eran sumamente precarias por lo peligrosas. Por el Norte, Lima podía prestarle apoyo solamente por mar, lo que significaba que este apoyo tenía grandes limitaciones. En fin, a principios del siglo pasado no existían caminos que atravesando la cordillera lo uniesen con la Argentina. El tránsito de los que se atrevían a esta aventura consistía simplemente en buscar los pasos y desfiladeros más apropiados. Santiago, su capital, dominaba principalmente la parte vital del país: el Sur.

Desde el punto de vista del terreno, el problema radicaba, por lo tanto, solamente en atravesar perpendicularmente la cordillera y caer sorpresivamente sobre Santiago. Su confinamiento geográfico hacía imposible que el enemigo reaccionara por el Sur, y posible, pero limitadamente, por el Norte desde el Perú.

Por el contrario, dominada la situación por las propias fuerzas, vale decir, establecido un Gobierno revolucionario y organizadas las fuerzas militares unidas, y en un marco de excepcional seguridad, se podría, tan rápidamente como lo permitieran las circunstancias, crear una flota aliada y lanzarse a Lima.

Se llevarían las fuerzas reunidas, por mar, cómodamente, bien organizadas y equipadas, hasta desembarcarlas donde fuera apropiado. Los 2.500 kilómetros de recorrido marítimo evitaría desiertos y montañas, salvaría energías y sangre; la tropa no se desgastaría.

Por lo que concierne a aspectos políticos, la revolución en Chile había comenzado en 1810 en forma incruenta mediante la entrega del mando que hizo el Gobernador a una Junta Patriótica elegida en cabildo abierto. La Junta ganó rápidamente posesiones sobre la Audiencia que representaba los intereses de la Corona y estableció las bases de un Gobierno independiente. Posteriormente, debido a disidencias entre los nuevos partidos, estalló una guerra civil, siendo el general O'Higgins jefe de uno de los bandos en pugna. La enérgica, aunque tardía, intervención armada enviada desde el Virreinato del Perú

cancela el movimiento después de aplastar las fuerzas patriotas, que olvidando sus divergencias se habían unido en la batalla de Rancagua (1814), y repone en el país el Gobierno español.

Las fuerzas realistas fueron pronto diseminadas obedeciendo al criterio de consolidar y completar su victoria mediante operaciones de limpieza y vigilancia; pues dadas las condiciones geográficas del territorio no eran de esperarse acciones externas en auxilio de los independientes.

Sumadas todas estas circunstancias, daban, pues, como resultado una evidente posibilidad de éxito para el proyecto.

Estas o parecidas razones constituían en síntesis el fondo del pensamiento del General San Martín. Y éste fue, en consecuencia, el curso de acción elegido; y procedió, por tanto, a la organización de sus fuerzas, en Mendoza, una zona ya por sí misma muy cercana a la cordillera y a los desfiladeros que habrían de atravesar las tropas. Así se colocaba desde un principio a sólo 250 kilómetros de Santiago, en condiciones óptimas de seguridad, que él las buscaba siempre con alguna exageración. Dedicóse a los preparativos con exquisita minuciosidad y entusiasmo sin conceder importancia al desarrollo de la situación en el Alto Perú y sin conseguir que los encargados de abastecer a su ejército la concediesen al tiempo que pasaba.

El criterio político

Como fuera dicho, los Gobiernos argentinos desde 1810 hasta 1817, año en el que por fin marchó a Santiago el ejército expedicionario, y aun posteriormente, de modo inconfundible y uniforme y pese a los reveses sufridos, mantenían el criterio de que se debía persistir en las operaciones en el Alto Perú, organizando para esto fuerzas más poderosas y mejor instruidas. Pensaban, justamente, que recaían sobre ellos razones de orden moral y político inexcusables, puesto que ese territorio formaba parte del Virreinato de la Plata, además de que constituía un peligro destacar las tropas en una misión tan distante y descentralizada de su propio territorio, teniendo la constante amenaza del Norte.

Pero fueron el prestigio del General San Martín, su vigorosa personalidad, el gran ascendiente que tenía entre los hombres de gobierno y, finalmente, la decisiva influencia de una logia secreta que organizó y dirigió él mismo, los que finalmente se impusieron para hacer posible la expedición a Lima por Chile.

La organización secreta a la que hacemos referencia agrupó una gran parte de los políticos, hombres de prestigio y jefes militares de

la nueva nación y, posteriormente, aunque con decreciente intensidad, de Chile y del Perú. San Martín nunca se sirvió de ella para decidir el rumbo de la política interna de su propio país; en cambio, ejerció toda la presión que pudo para conseguir que su plan fuera ejecutado.

> «A principios de 1816 San Martín comprendió que (la logia) era un medio poderoso de influencia que podía usar para hacer aceptar sus planes militares; púsose en comunicación con el presidente de la Logia Matriz en Buenos Aires, cuya dignidad era perpetua y llevaba el título de «Marquetero Mayor»... Era otra máquina de zapa política, cuya acción empezó muy luego a hacerse sentir en las regiones oficiales. Todos sus corresponsales eran miembros de la Logia, y así, llevando de frente una triple correspondencia reservada con los agentes de Chile, el Gobierno y sus amigos íntimos extendían por todas partes sus misteriosos ramales subterráneos. Luego le veremos abrir un cuarto ramal para influir sobre las decisiones del Congreso Nacional que iba a reunirse. Estas confidencias tienen un gran valor histórico y completan las pruebas que establecen la prioridad de la idea del paso de los Andes en todos sus detalles y consecuencias previstas» (BARTOLOMÉ MITRE: *Historia de San Martín,* tomo I, pág. 414).

Hasta poco tiempo antes de que marchase a Chile y cuando tenía ya bien adelantados sus preparativos, todavía existía, entre los hombres de decisión del Gobierno, la clara, aunque vacilante, idea de proseguir las operaciones por el Norte.

> «Los dos confidentes [el ministro de Guerra y un diputado], sea que no se hubieran penetrado aún en la eficacia del Plan de San Martín o que pensaran como la generalidad que aún podían tantearse nuevos esfuerzos por la frontera terrestre del Norte, le proponían se hiciese cargo del mando del Ejército del Alto Perú, llevando una fuerza respetable. El, viéndose mal comprendido y dejándose, al parecer, arrastrar por la corriente que impulsaba a todos hacia el Perú por el camino mediterráneo del Norte, se limitaba a objeciones indirectas» *(obra citada).*

Pero la decisión política más alta la consiguió influyendo en forma determinante sobre el Director Supremo, que era partidario de la más vigorosa acción de armas que la Argentina hubiese intentado en ayuda del Alto Perú.

> «Pueyredón en aquellos momentos se inclinaba a repetir la invasión del Alto Perú, pero no estaba decidido, formando en previsión un poderoso ejército de 6.000 hombres. La mayoría del Congreso, compuesta de peruanos y provincianos del Norte, a que se agregaban muchos diputados de Buenos Aires enemigos de San Martín, lo impulsaban en este sentido, y como se había visto, hasta Guido y Godoy Cruz le proponían ponerse a la cabeza de esta nueva tentativa, que el General de los Andes consideraba o imposible o funesta.

Ya había impartido Pueyredón sus órdenes para que se dirigieran a la frontera Norte los refuerzos de las tropas que debían aglomerarse en ellas según este propósito, cuando recibió la comunicación de San Martín y las explicaciones que le transmitió Godoy Cruz, y reaccionando sobre sí mismo, decidióse sin vacilar por la reconquista de Chile» *(obra citada,* tomo I, pág. 435).

El mismo Mitre resume de esta manera la poderosa tutela del General San Martín en los asuntos político-militares:

«... pocas veces la intervención de un hombre en los destinos de un pueblo fue más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos como en el desarrollo de sus consecuencias» *(íd.*, pág. 437).

Y el General San Martín daba la siguiente poco convincente razón:

«Es imposible que me encargue del Ejército del Perú, porque perdería el fruto de las relaciones que tengo establecidas con Chile. Para mandar el Ejército del Perú yo me decido por Belgrano: es el más metódico de los que conozco en nuestra América; lleno de integridad y de talento natural; no tendrá los conocimientos de un Moreau en punto a milicia, pero es lo mejor que tenemos en América del Sur» (ídem, págs. 418-419).

En efecto, mientras San Martín en 1817 ingresaba a Chile con cerca de 4.000 hombres, Belgrano atacaba el Alto Perú con unos 500, que lógicamente volvieron a perderse.

El Ejército expedicionario

El efectivo del Ejército Argentino que pasó a Chile fue de 3.778. De éstos, 742, de caballería; 241, de artillería, con 21 piezas, y el resto, de infantería. Iba además una tropa de servicios compuesta por unos 1.200 hombres. En el parque se llevaban 15.000 fusiles destinados a armar las futuras unidades patriotas.

Como munición llevaban 800.000 disparos de fusil y carabina, 4.600 de artillería. Entre el ganado, 1.600 caballos y mulos. Se llevaba quince días de abastecimiento de boca, en los que se incluyó una buena porción de ajos y cebollas en el entendido de que eran útiles para mitigar los efectos de las grandes alturas sobre el organismo humano; sin descuidar, empero, por otra parte, una razonable dosificación de vino.

San Martín mostró un gran talento organizador y una perseverancia extraordinaria en la preparación de estas fuerzas. Las formó con fe en su misión, incansablemente, sin omitir detalles. Fue genial en la improvisación de armas y equipo. Concitó, en fin, el más entu-

CALENDARIO COMPARADO NUM. 2

Años	Teatro de operaciones del Altiplano boliviano	Teatro de operaciones del General San Martín	Teatro de operaciones del General Bolívar
1814	— Victoria de La Florida (25 de mayo). — Desastre de Chacaltaya (15 de noviembre). — Iniciación de la guerra de guerrillas.	— Derrota de los patriotas chilenos en Rancagua (2 de octubre).	— Derrota Arao (16 de abril). — Derrota de La Puerta (15 de junio). — Proclamación de la Junta de Gobierno de Bogotá (20 de julio). — Derrotas de Maturín y Úrica (5 de diciembre).
1815	— Desastre de El Tejar (20 de febrero). — Derrota de Pumakahua en Arequipa (Perú) (11 de marzo) — Desastre de Ventaimedia (20 de octubre). — Derrota de Viloma (Sipe-Sipe) (21 de noviembre).		— Iniciación de la campaña realista de Morillo (Abril). — Entrada de Morillo en Caracas (11 de mayo). — Caída de Cartagena (6 de diciembre).
1816	— Desastre de Cinti (3 de abril). — Batalla del Villar (24 de septiembre). — Batalla de Pari (21 de noviembre).	— Proclamación de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata (9 de julio).	— Recaptura de la isla Margarita por los patriotas (7 de mayo). — Represalias de Morillo en Bogotá (29 de mayo).
1817	— Campaña del Virrey La Serna hacia la Argentina (abril - junio). — Combate de Tolomosa (4 de mayo). — Desastre de Sopachuy (14 de junio).	— Iniciación del paso de los Andes (12 de enero). — Victoria de Chacabuco (Chile) (12 de febrero). — Actuación de las guerrillas de Guemes en el Norte argentino (abril-junio). — Derrota de Talcahuano (Chile) (16 de diciembre).	— Victoria de Páez en Macuritas (28 de enero). — Bolívar conquista La Angostura (17 de junio).
1818	— Guerra de guerrillas.	— Derrota de Cancha Rayada (Chile) (19 de marzo). — Victoria de Maipú (Chile) (5 abril).	— Derrota de La Puerta (16 de marzo). — Derrota del Rincón de Los Toros (16 de abril).

siasta y decidido apoyo del pueblo, que le brindó cuanto pudo para formar el ejército. La tropa fue bien instruida e imbuida de una excelente moral. Su calidad fue muy superior a la de las tropas enviadas al Alto Perú. Antes de ponerse en marcha, su Gobierno les impartió un pliego de instrucciones redactadas, acaso debido a la experiencia de la lamentable conducta de los soldados argentinos de los anteriores ejércitos auxiliares, que contienen normas éticas enaltecedoras y que al haber sido fielmente cumplidas gracias al celo personal del General San Martín, honran a su país.

Al mismo tiempo que se dedicaba a constituir sus fuerzas, organizó un buen servicio de información que supo manejarlo con gran sutileza y exclusivamente orientado a sus próximas operaciones en Chile.

Las operaciones en Chile

Puede considerarse que la ejecución del plan San Martín comprendía tres fases bien diferenciadas, a saber: la primera, las operaciones en Chile, cuya finalidad consistía en ganar el país para la causa americana, colaborar en la constitución de un Gobierno propio, con el cual aliarse inmediatamente y, finalmente, organizar un Ejército chileno, que pasaría luego a reforzar el argentino; la segunda, crear mediante el esfuerzo argentino-chileno, una flota aliada en el océano Pacífico y marchar por vía marítima a Lima; la tercera, y decisiva, atacar Lima para terminar la contienda, posiblemente con la misma ayuda prestada a Chile para organizar su Gobierno y sus Fuerzas Armadas.

La concepción general del plan estuvo recargada, desde un principio, de una dosis excesiva de optimismo y sobre todo de una falsa apreciación de la forma en la que el enemigo reaccionaría muy particularmente en la fase culminante de la campaña.

Para penetrar en Chile, San Martín fraccionó su ejército en dos columnas; una de ellas, la del Norte, atravesó la cordillera por el paso de los Patos; la otra, la del Sur, por el paso de Uspallata. Cada una tuvo una excelente vanguardia y una flanguardia extrema. Todos los elementos de su dispositivo tenían una dirección, un tiempo de marcha y un objetivo a alcanzar perfectamente determinados. La flanguardia del extremo Norte, que fue la primera en iniciar el recorrido, salió de San Juan el 12 de enero de 1817; para los primeros días de febrero todo el Ejército argentino se encontraba concentrado al otro lado de la cordillera, exactamente en los términos previstos por su comandante.

Los desfiladeros estaban desguarnecidos; la sorpresa fue completa. El mando español, confundido, hizo frente al Ejército independiente con sólo 2.000 hombres; la mitad de los que tenía en Chile y en con-

diciones, por lo demás, desventajosas. Fue derrotado en Chacabuco el 12 de febrero. Dos días después la ciudad de Santiago recibía al triunfante ejército. El General O'Higgins fue designado Director Supremo de Chile.

Sin embargo, San Martín no realizó las operaciones subsecuentes de persecución que habrían consolidado su triunfo y sobre todo le habrían dado de una sola vez el objetivo político que perseguía, y dejó, por el contrario, que parte de las tropas enemigas se retirasen, principalmente al Sur, las cuales unidas posteriormente a los núcleos dispersos que no habían alcanzado a intervenir en la batalla de Chacabuco, al mando de jefes realistas activos y aguerridos y con la poderosa ayuda de Lima, se rehicieron y disputaron tenazmente la posesión de Chile. De este modo la campaña se prolongó por otros tres largos años. Desde Chacabuco, el General San Martín pierde la noción del tiempo en sus proyectos y ya no vuelve a recobrar la puntillosa programación de sus actividades.

En abril de 1814 pensó que la manera más rápida de llegar a Lima era pasar por el inadvertido Chile; pero no fue así; sin contar que una vez en Lima habría de ver que no había avanzado hacia la resolución que buscaba mucho más que antes de salir de la Argentina. Las armas aliadas experimentaron todavía los reveses de Talcahuano y Cancha Rayada antes de la decisiva victoria de Maipú, que, finalmente, consolidó la independencia chilena y conmovió profundamente la capital del Bajo Perú, que por los reiterados anuncios de los independientes se sintió el próximo teatro de operaciones.

Sin descartar el esfuerzo de los propios chilenos, la independencia de su país fue lograda debido al auxilio del Ejército argentino, y sobre todo debido al General San Martín; y aunque éste habría deseado coronar sus triunfos y su carrera en Lima, fue en Chile donde alcanzó la cúspide su trayectoria castrense.

Y, sin embargo, Chile para él fue sólo un medio para alcanzar el fin que se había trazado. Un objetivo intermedio que le daría una base para llegar al objetivo final.

«San Martín no tenía otro pensamiento, otro anhelo, otro trabajo, que el de la organización de una expedición contra Lima, sin cuya caída él juzgaba, con alto y acertado juicio, que jamás la América española podría conquistar su independencia. Chile no era para él ni un desenlace ni una conquista; era simplemente una ruta militar que le era preciso seguir hasta golpear las puertas del poderoso virreinato... No fue un hombre, ni un político, ni un conquistador, fue una misión», dice el historiador chileno Vicuña Mackena.

El criterio de fondo del plan San Martín es el de la seguridad; por ella es que trata de evitar los grandes riesgos que en su pensar significaba la conducción de sus fuerzas en el Alto Perú y llegar al Bajo Perú por Chile, actuando con mayor libertad de acción; pero en la realidad total de la ejecución resultó que si bien encontró inicialmente al Oeste de la cordillera un terreno y un enemigo más a su gusto, se presentaron luego otros obstáculos sucesivamente más complejos que habrían de superar con mucho sus medios y su capacidad.

En efecto, conquistado Chile de acuerdo con sus proyectos, encontró trabas económicas y políticas, las primeras dificultades que entorpecieron su tarea, y que de haber hecho oportunamente una comparación más racional de sus cursos de acción, habrían, seguramente, aparecido indistintamente y pesado en sus concepciones y decisiones con el valor que tenían.

Así, se requería una flota para transportar las tropas al Perú y apoyarlas antes y después de esta operación, ganando superioridad sobre la española que existía en el océano Pacífico; pero hasta la batalla de Chacabuco nadie se había preocupado por ella y hubo necesidad de que el Comandante en Jefe de los dos ejércitos se trasladase personalmente, repetidas veces, a Buenos Aires para seguir el proceso de una larga y desesperante gestión bilateral para tratar de allanar recursos y medios de los que, por su magnitud, no podían de momento disponer las embrionarias economías de las nuevas repúblicas. San Martín se vio obligado a renunciar varias veces ante su Gobierno de la función de Comandante del Ejército argentino, pero aquél no podía hacer otra cosa que ratificarlo con crecientes expresiones de agradecimiento y reiteradas promesas de darle los fondos y medios que pedía para la adquisición y manejo de las embarcaciones. Había cosas que ni la poderosa logia Lautaro, que para entonces ya se había extendido a Chile, podía resolver.

Al final se formó la flota, consiguiendo sus elementos uno por uno, la mayor parte en Chile, mediante confiscaciones, compras de buques usados a crédito y captura de naves españolas. Los marineros fueron improvisados sobre la base de soldados de ejército con oficiales ingleses y norteamericanos aventureros. Fue designado como Comandante de la flota el Almirante Cochrane, de nacionalidad inglesa, y cuyo temperamento impulsivo y valiente corría parejo a una incontenible propensión a jugosos estipendios. Resultó siempre muy difícil a San Martín mandar sobre Cochrane.

Pero a medida que el volumen de las fuerzas crecía, las necesidades

financieras para su manutención se hacían proporcionalmente más pesadas y gravaban en forma insostenible la economía chilena, que debía mantener además al Ejército argentino. Este hecho ocasionó nuevos inconvenientes. En enero de 1819 el Comandante argentino se quejaba así a su Gobierno:

> «El Gobierno de Chile en su conducta pública manifiesta una bancarrota total: su administración es odiosa y aborrecida por todos estos habitantes; la apatía, el desengaño, la desconfianza, tanto del Gobierno como de sus habitantes con respecto al Ejército de los Andes es demasiado marcada. En fin, desde el momento en que la escuadra de este Estado ha tomado la superioridad en el mar Pacífico, se ha creído que los brazos del Ejército de los Andes no le son ya necesarios, pues se consideran, y con razón, libres de todo ataque, y su objeto es aburrirnos con las miserias con que nos bloquean.»

Agregando más adelante:

> «La conducta que observa este Gobierno no es nada adecuada, ni al agradecimiento que debía tener al Ejército Unido, ni al plan para atacar al enemigo de Lima. No hay la más remota esperanza de que se verifique la expedición al Perú. La conducta de este Gobierno está manifiestamente clara, de que su objetivo es no sólo de que no se verifique la expedición proyectada, sino desprenderse del Ejército de los Andes, poniéndonos en un estado de desesperación tal, que tengamos que pasar la cordillera o comprometernos a disgustos de la mayor trascendencia» (BARTOLOMÉ MITRE: *Historia de San Martín*, tomo I, página 753).

Apremiante se dirige también al Gobierno de Chile pidiendo una definición concluyente respecto a su contribución al esfuerzo militar proyectado:

> «Los ojos de América, o por mejor dicho, los del mundo, están pendientes sobre la decisión de la presente contienda con los españoles respecto a la expedición del Perú. Tengo dicho que para esperar un suceso favorable a la expedición se necesitan 6.100 hombres. Espero se me diga si el Estado de Chile se halla en disposición de aprontarnos los efectos que tengo pedidos, y en qué tiempo» (*Id.* 755).

La respuesta del General O'Higgins, dice Mitre: «Podría tomarse como una burla» e implicaba «una negativa disimulada», pues condicionaba la intervención chilena a la contribución de parte de la Argentina de 600.000 pesos.

San Martín tuvo que repasar la mitad de sus efectivos al otro lado de los Andes y amenazar con el retiro total para que O'Higgins se aviniera a participar en la próxima empresa.

De esta manera, pagó el precio de sus pertrechos marítimos con la única moneda que le era dable disponer: tiempo. Bien es verdad que hizo cuanto le fue posible por llevar adelante sus proyectos con la celeridad que habría sido deseable, pero ni la Argentina ni Chile podían entonces satisfacer las exigencias logísticas de la campaña planeada, cuyo desenlace negativo era entonces insospechable sólo por la fe y el entusiasmo puesto por el jefe patriota en su ejecución.

Cambió problemas tácticos, para los cuales se pueden siempre encontrar soluciones, por problemas estratégicos, logísticos e intríngulis políticas que redujeron sus medios y demoraron sus acciones. Cambió las claras y distintas dificultades que le presentaba el Alto Perú por presuntas facilidades que pensó encontrar en Chile. En vez de resolverse por una campaña en alta montaña en la cual pudo contar también con el íntegro apoyo de su pueblo ya movilizado, optó por una operación anfibia sin haber calculado antes ni los medios que necesitaban ni la fuente de sus abastecimientos.

Así, pues, se tuvo que esperar hasta bien entrada la segunda mitad del año 1820 (agosto) para que por fin las fuerzas independientes se dirigieran al Perú por mar.

San Martín hace conocer su concepción operativa en abril de 1814, cuando hacía ya cinco años que el Alto Perú y cuatro la Argentina se encontraban en guerra; tres años después comienza a ejecutarla, y en abril de 1818 aplasta definitivamente a las fuerzas españolas en Maipú, en una campaña de catorce meses, con lo cual cierra la fase chilena de su plan. Sólo más de dos largos años después comienza la campaña del Perú, que a su vez habría de prolongarse innecesariamente por otros cinco.

Por su parte, el enemigo de entonces no desperdició tanto tiempo. Entre 1809 y 1812 las fuerzas realistas formaban poco más que núcleos policiales en el medio. Ni para éstas ni para aquellos que abrazaron la causa de la independencia existió en ese principio una tajante y definitiva diferencia de posiciones; esto explica en gran parte el rápido triunfo de Buenos Aires y aun el de la primera revolución de Santiago de Chile. Sin embargo, a medida que el tiempo transcurría y el verdadero objetivo de la revolución se hacía distinto, los respectivos Gobiernos y los Comandantes formaron sus tropas en la moral que aconsejaban sus respectivas ideologías, y aunque en ambos ejércitos el grueso estuvo formado por soldados americanos, lucharon con feroz encarnizamiento.

Sobre todo, las tropas realistas desarrollaron enormemente en calidad y cantidad, y el promotor de este crecimiento fue el dinámico e inteligente Virrey del Perú, Abascal. Aplastó en forma inmisericorde

y rápida cuanta insurrección hubo en el Alto Perú, inclusive los tres ejércitos auxiliares argentinos; pues contrariamente al criterio de San Martín, se dio cuenta desde muy temprano que quien dominara este territorio dominaba la situación militar en oriente y occidente. Sofocó la primera revolución chilena y también la del Ecuador.

En 1817 la resistencia realista que encontró el Ejército argentino en Chile fue muy superior a la que imaginó en 1813. Para 1820, cuando llegó tan tardíamente a Lima, el valor de las fuerzas reforzadas por oficiales y algunas pocas tropas peninsulares, veteranas de las luchas contra Napoleón, había superado tanto al de los patriotas que el General San Martín ya no pudo batirlas.

Aspectos de la situación en el Alto Perú

Desde 1809 hasta 1815 el esquema de los movimientos libertarios en el Alto Perú había sido el siguiente:

— Subversiones sorpresivas en las ciudades, con el apresamiento de las autoridades españolas y su reemplazo con Gobiernos patriotas.

— Organización apresurada de la nueva administración y los cuerpos de milicianos.

— Reacción realista que, mediante fuertes efectivos regulares, aplastaban fácilmente la débil resistencia que podían encontrar, generalmente, en las cercanías de las ciudades insurreccionadas para dedicarse después a reponer las autoridades depuestas y cobrar sangrienta revancha a la población civil.

En el resto de la América del Sur faltó o fue muy tardía la tercera fase, lo cual permitió la formación, la consolidación y la expansión de los efectos de la segunda.

Por lo general, a la noticia del levantamiento de una determinada ciudad seguían otras, pero puede decirse que en ningún momento hubo coordinación; cada acción resultaba un proceso aislado, independiente y esporádico; las enormes distancias, las rápidas contramedidas y la falta de un organismo director central, aun subterráneo o externo, impidió una elemental unificación de esfuerzos.

Fue durante este período que el Gobierno de Buenos Aires trató de apoyar militarmente estas rebeliones con suerte adversa.

Pero la derrota del Tercer Ejército Auxiliar en la batalla de Sipesipe (1815), cerca de la ciudad de Cochabamba, marca la iniciación de una etapa nueva en la guerra de la independencia en el Alto Perú,

CALENDARIO COMPARADO NUM. 3

Años	Teatro de operaciones del Altiplano boliviano	Teatro de operaciones del General San Martín	Teatro de operaciones del General Bolívar
1819	— Guerra de guerrillas.		— Bolívar, investido Presidente de Venezuela (15 de febrero). — Victoria de Páez en las Queseras (2 de abril). — Victoria del pantano de Vargas (6 de julio). — Bolívar cruza los Andes y se apodera de Tunja (5 de agosto). — Batalla de Boyacá (7 de agosto). — Constitución de la Gran Colombia (17 de diciembre).
1820	— Guerra de guerrillas.	— Partida de la Escuadra Libertadora de Valparaíso (Chile) (20 de agosto). — Tropas de San Martín desembarcan en Pisco (Perú) (7 de septiembre). — Primera Campaña del General Arenales (4 de octubre-diciembre). — Desembarco de San Martín en Huaura, Norte de Lima (12 de noviembre). — Batalla de Cerro de Pasco (20 de diciembre). — Acción de Huancayo (29 de diciembre).	— Proclamación de Guayaquil (9 de octubre). — Armisticio entre Bolívar y Morillo (27 de noviembre). — Derrota de Guachi (12 de noviembre) (Coronel Urdaneta).

Años	Teatro de operaciones del Altiplano boliviano	Teatro de operaciones del General San Martín	Teatro de operaciones del General Bolívar
1821	— Guerra de guerrillas.	— Dimisión del Virrey Pezuela en favor de La Serna (20 de enero). — Entrevista de Punchauca entre San Martín y La Serna (23 de mayo). — Segunda Campaña del General Arenales (abril-agosto). — Entrada de San Martín en Lima (9 de julio). — Proclamación de la Independencia del Perú (28 de julio). — San Martín, investido Protector del Perú (3 de agosto).	— Sublevación de Maracaibo (28 de enero). — Tropas patriotas penetran en Caracas (13 de mayo). — Batalla de Carabobo (24 de junio). — Toma de Cartagena por los patriotas (24 de julio). — Derrota de Guachi (General Sucre) (12 de septiembre). — Adhesión del istmo de Panamá a la causa de la Independencia (28 de noviembre).

caracterizada por una sangrienta guerra de guerrillas que duró diez años, debido, en primer lugar, a que la Argentina volcó sus fuerzas hacia Chile para ejecutar el plan San Martín, y en segundo, a que el Virrey del Perú reforzó y mejoró sus guarniciones considerablemente, ejerciendo un control enérgico y agobiante sobre la indómita población.

Existieron por lo menos cien grupos o bandas de guerrilleros; cada uno diferente a los demás en efectivos, armamento y procedimientos. Unos se conformaban con hostilizar las marchas, guarniciones y abastecimientos enemigos; otros ejecutaban maniobras suicidas, tratando de enfrentar el poder de considerables efectivos regulares desplegados en orden de combate. Casi todo el territorio altoperuano y, dentro de éste, mayormente las zonas que tenían gravitación directa o indirecta sobre la gran vía de comunicación transcontinental: La Paz, Oruro, Potosí, Sucre, Cochabamba y Tarija, quedó convertido en un permanente campo de lucha que mantuvo ocupadas, desgastadas y dispersas a las fuerzas realistas, las que por este motivo no podían incursionar en territorio argentino que se mantuvo seguro, salvo unas pocas incursiones que no pasaron de la región Norte del país.

Si el Alto Perú hubiese tenido un ejército regular propio se habría acelerado considerablemente el proceso revolucionario en Sudamérica y, por ende, en su territorio; de esta manera los pueblos habrían enfrentado su porvenir republicano en mejores condiciones y no exhaustos, desangrados y anarquizados, como sucedió particularmente con Bolivia y el Perú.

Para ello tenía suficiente potencial humano. Calculando muy cautelosamente, puede decirse que solamente la ciudad de Cochabamba y sus valles inmediatos contribuyeron durante los dieciséis años de guerra con 24.000 hombres, de los cuales 6.000 de caballería, que lucharon aportando sus propias cabalgaduras. La importancia de esta cifra queda patentizada si se considera, por ejemplo, que en la batalla de Junín los patriotas presentaron unos 10.000 hombres mediante el esfuerzo aunado del Perú y Colombia frente a 9.000 realistas. En Ayacucho, 5.800 independientes contra algo más de 9.000. En Chacabuco, San Martín no tuvo más de 4.000 soldados, y en Maipú, alrededor de 5.000. El Primer Ejército Auxiliar Argentino que pasó a las Provincias Altas tuvo 1.200 efectivos y fue «reforzado» con 7.000 altoperuanos, de los cuales 2.000 fueron jinetes. En cambio, el problema del armamento, para no mencionar otros implementos, fue inmensamente crítico. El Alto Perú no tuvo ninguna fuente de abastecimientos. La Argentina, que era la única posible, no colaboró en este sentido. Quizás habría resultado mucho más práctico y efectivo dar armas y municiones que destacar ejércitos auxiliares. Y este antecedente es mucho más interesante todavía si se considera que el Alto Perú, entonces, tenía mayores posibilidades financieras que la Argentina, a cuya revolución contribuyó de grado o por fuerza con caudales de consideración. El mando, que organiza, disciplina, instruye, hace planes y decide fue otro elemento que faltó. En el Alto Perú no existieron soldados profesionales de las escuelas de Bolívar y San Martín o Sucre.

Pero lo que en esencia no existió fue un Gobierno, y no existió porque su destino geográfico, mal comprendido por San Martín, fue ganado por la atención y las energías del mando español, negándole aun el tiempo mínimo para organizarlo.

La realidad

El General San Martín se hizo a la mar en Valparaíso el día 20 de agosto de 1820 con 4.400 hombres, de los cuales 2.400 eran argentinos y 2.000 chilenos. Luego de costear el desierto de Atacama, desembarca en Pisco, unos 200 kilómetros al Sur de Lima. En estos días le escribía al General O'Higgins: «Mi objeto es bloquear a Lima por la

insurrección general y obligar a Pezuela a una capitulación... Lima estará en nuestro poder a los tres meses de la fecha.»

Pero no fue tres meses el tiempo que duró la campaña, sino más de cuatro años, ni fueron sus heroicos soldados los que habían de culminarla; casi todos murieron en los campos de batalla o en los hospitales. Desencadenó en el Perú conflictos militares y políticos tan complejos que superaron sus posibilidades de control y, al final, lo obligaron a abandonar el país y el ejército que había conducido en uno de los momentos más dramáticos de la historia de Sudamérica. Entonces (25 de agosto de 1822) se dirige al mismo corresponsal en estos términos:

> «Usted me reconvendrá por no concluir la obra empezada; usted tiene mucha razón, pero más tengo yo. Créame, amigo mío, ya estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada; el temperamento de este país me lleva a la tumba. En fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles, mi edad media al de mi patria; creo que tengo derecho de disponer de mi vejez» (José Pacífico Otero: *Historia del Libertador José de San Martín*, tomo VI, pág. 253).

Entraba en Lima un año después de su categórica predicción, sin disparar un tiro, porque el mando español cedió la ciudad para reforzar sus posiciones en la montaña. Dos veces más habría la ciudad de cambiar de manos, sin que ello afectara gran cosa el curso de las operaciones del ocupante de turno.

Pensó que la insurrección del pueblo peruano, que vertió torrentes de sangre en el propósito, pudo haber hecho la mayor parte de la tarea y que sus fuerzas se reducirían a apoyarlo con poco más que su presencia; olvidando que este movimiento, aun siendo mucho más maduro, intenso y resuelto en el Alto Perú, no había sido suficiente. Había descrito tan grandioso arco continental no con la intención de triunfar sobre el enemigo en combate, sino sólo mediante la amenaza y la subversión en un país en el que, por lo demás, el impulso revolucionario no se había expresado todavía.

La realidad geográfica le demostró, ya muy tarde, que había equivocado el camino y también los medios; pues su adversario abandonó la costa y sentó sus reales, definitivamente, en la altiplanicie y en sus bordes occidentales y sin recibir ninguna ayuda de su metrópoli resistió hasta 1825.

Si San Martín hubiese penetrado en la meseta altoperuana partiendo del Norte argentino, se habría hecho dueño de la cordillera, y con ello invertido los papeles en sentido de dominar la situación hasta llegar a una decisión favorable, sea por la destrucción de las fuerzas

rivales sea por el abandono definitivo que habrían hecho del territorio peruano.

La llegada a Lima

Como era natural, las acciones militares, de principio a fin, fueron absorbidas inconteniblemente por la poderosa geografía de los Andes y pueden sintetizarse expresando que consistieron: por parte realista, en defender la gigantesca gradiente de la cordillera, y por parte independiente, en tratar de forzarla.

Ya mucho antes de la expedición del Ejército Libertador el despliegue español era tan profundo que una acción sobre la capital del Virreinato, por fulminante que hubiese sido, no podía ser decisiva. Las playas peruanas del océano Pacífico no fueron más que las avanzadas de un enorme sistema defensivo que terminaba en el otro lado de la cordillera, al sur de Potosí, mirando al océano Atlántico. Y esto resultó así por natural designio del terreno.

Contrariamente a lo que el General San Martín supuso, no llegó a realizarse ninguna acción importante en la costa, fuera de la aislada de la fortaleza del Callao, que tuvo mayormente significación marítima; se realizaron, en cambio, tierra adentro, mucho más al Este, en la dirección general del lago Titicaca, al que, marchando desde la Argentina, más resueltamente que San Martín, habían ya llegado en 1811 el jefe patriota Balcarce y el representante Castelli.

Cuando la expedición libertadora del Perú llegó a Pisco las fuerzas realistas tenían el siguiente dispositivo:

El núcleo principal de sus fuerzas, en Lima, con la misión de defender la capital y la costa adyacente. Posteriormente éste fue replegado a la montaña.

El siguiente en importancia, en la meseta altoperuana, que tenía por cometido defender la frontera con la Argentina y apoyar las agrupaciones situadas entre sí misma y el Pacífico, y, finalmente, un destacamento en Arequipa para vigilar y asegurar la costa Sur peruana (Ejército de Reserva).

El Norte del Perú se encontraba desguarnecido por carecer de importancia estratégica. Hacían sus efectivos un total aproximado de 16.000 hombres.

Pese a las enormes distancias que separaban sus elementos y a la dificultad de las comunicaciones, fue un dispositivo que por su escalonamiento permitía una gran flexibilidad y seguridad en el mando. Teóricamente resultaba muy distendido en profundidad, pero, por otra parte, las exigencias de la situación lo imponían.

Detrás de la primera cadena de montañas, mirando desde el océano Pacífico, existe un inmenso valle, formado por el río Mantaro, muy rico en recursos naturales, de los que carece la costa. Dicho valle separaba, en esta fase de las acciones, el llamado Ejército de Lima del Ejército del Alto Perú.

Destacado por San Martín, el General Arenales realiza una brillante y audaz operación de reconocimiento estratégico con 1.350 hombres. Saliendo de Pisco, tramonta esta primera montaña, llega al valle del Mantaro, lo atraviesa de largo a largo en dirección Norte, vuelve a a bajar y se reúne al ejército independiente cerca de la costa y al norte de Lima. Otra de las misiones de esta fuerza fue la de promover la insurrección entre la población, misión ésta que fue también ampliamente cumplida por esta esforzada fracción y heroicamente secundada por los peruanos, particularmente campesinos, esterilizada, sin embargo, como todas las posteriores, por haber sido sangrientamente sofocada por la tropa realista que perseguía al General Arenales.

Unos cuatro meses después (21 de abril de 1821) se encomendaba a este mismo jefe una nueva misión, siguiendo idéntico itinerario en sentido inverso. Esta vez trató infructuosamente de alcanzar un destacamento enemigo porque sus vanguardias no fueron lo suficiente rápidas. Pero estando, en un momento dado, en una excelente posición dominante y teniendo mayoría de efectivos, se le presentó la oportunidad de batir una de las fracciones del Ejército de Lima que se replegaba en dirección del Alto Perú y que, ignorando la presencia del destacamento patriota, escalaba las alturas en busca del confín Sur del gran valle antes mencionado, con sus tropas agotadas y enfermas. Empero, el General San Martín, con el criterio de obrar solamente en condiciones de máxima seguridad y sobre todo por ignorar las circunstancias de la situación, desautoriza el ataque que Arenales proponía y le ordena regresar a Lima. Este, frustrado, le escribía a su Comandante en Jefe: «Dije con repetición, le digo y le diré siempre que si esta fuerza salía una vez del centro de la sierra y llegaban a ocuparla los enemigos, no seríamos capaces de recobrarla. Tengo presente que en una de sus comunicaciones me decía usted en contestación que poco le importaba perder la sierra en comparación con otras meditadas medidas... Conozco que seguramente y sin remedio debemos adoptar otro sistema de guerra, por otros lugares y con distintos designios. Por mi parte estoy bien desengañado...»

Sin embargo, y aun sólo por incidencia, puede decirse que pocas veces la iniciativa pudo haber sido más acertada.

Después que San Martín hubo destacado en Pisco la primera expedición de Arenales, prosiguió con sus fuerzas por mar, y luego de al-

gunos pasajes vuelve a desembarcar al norte de la ciudad capital y, adentrándose algo en la costa, ocupa la orilla derecha del río Huaura, que, bajando de la cordillera, se vierte en el mar. Así se pone frente al Ejército de Lima otros dos ríos y el desierto por medio, esperando la incorporación de Arenales, con la cual, en su opinión, se cerraría sobre las tropas españolas un círculo, círculo imaginario, al que atribuía grandes efectos.

Lo más importante de esta situación fue la propagación de una epidemia de fiebres palúdicas en ambos ejércitos beligerantes, lo que hace añorarles por igual el saludable clima de «la sierra».

El 9 de julio comienzan las tropas del Ejército Libertador a ingresar pacíficamente a Lima, pues el Virrey, a la sazón el General La Serna, había notificado su decisión de abandonarla. El 28 es proclamada en acto público la independencia del Perú.

La Organización defensiva del Altiplano y la cordillera

El General Arenales regresaba a Lima, interrumpiendo su segunda campaña en momento que se hacía la proclamación de protector de Perú al General San Martín (3 de agosto de 1821). Con este acto cierra una bien definida fase de la guerra de la Independencia del Perú, la primera, y que tuvo la duración de un año. A partir de agosto se evidencia que no habían sido suficientes ni la presencia del Ejército Libertador del Perú en Lima ni la incipiente, aunque valerosa, insurrección popular, y de que, por el contrario, hacía falta montar una serie de difíciles operaciones ofensivas sobre el enemigo, cada día mejor organizado en la montaña, y que para ello, a su vez, resultaba necesaria una magnitud mucho mayor de medios que los que se tenían, a lo que debe agregarse el convencimiento general de que la contienda se prolongaría. San Martín comienza, en efecto, a esforzarse por conseguir una ayuda adicional de Chile en tropas, a mejorar e incrementar sus propios efectivos con contingentes peruanos, que constituían también el grueso de las formaciones realistas y, finalmente, a acariciar esperanzas sobre una sustancial ayuda militar de parte de los ejércitos de Bolívar.

Nada decisivo había sucedido desde Pisco y nada tampoco se tenía planeado hasta diciembre de ese año.

El Teniente Coronel Carlos Dellepiane hace el siguiente comentario sobre las acciones que abarcan este período:

> «...las operaciones realizadas durante el año 1821 evidencian la inacción de San Martín como generalísimo. Tal vez las conclusiones políticas a que llegó colmaron sus ideales; pero su rol como conductor

CALENDARIO COMPARADO NUM. 4

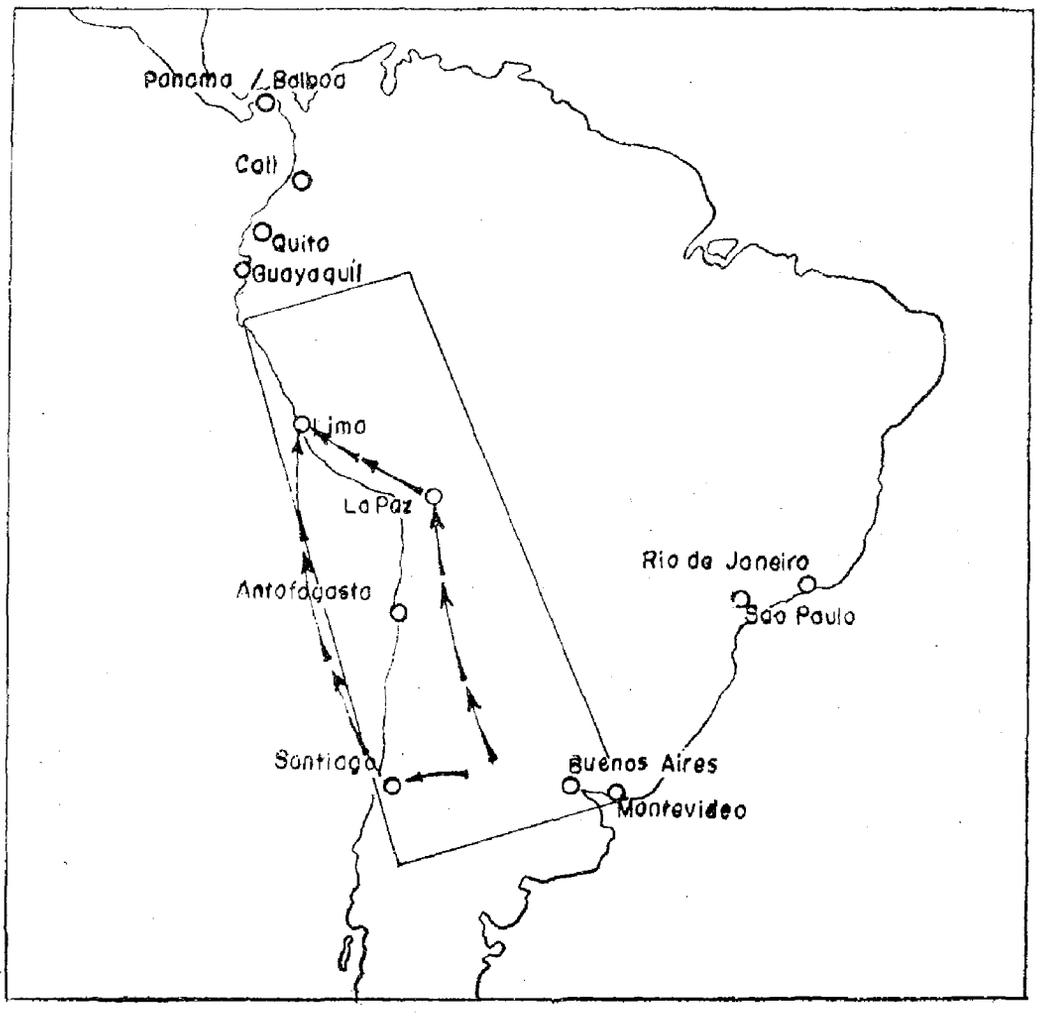
Años	Teatro de operaciones del Altiplano boliviano	Teatro de operaciones del General San Martín	Teatro de operaciones del General Bolívar
1822		Se inicia el proceso de centralización del mando de estos dos teatros de operaciones en función de una acción general sobre el Altiplano Boliviano.	
	Se inicia la preparación de la ofensiva sobre el Altiplano Boliviano.		— Batalla de Bomboná (7 de abril).
	— Continúa la guerra de guerrillas.	— Desastre de Macacona (7 de abril). — Alejamiento del General San Martín (agosto).	— Victoria de Pichincha, conseguida por el General Sucre, del Ejército de Bolívar y por el General Santa Cruz, del Ejército de San Martín (24 de mayo). — Entrada de Bolívar en Quito (16 de junio).
	Se inicia la ofensiva sobre el Altiplano Boliviano con la Primera Campaña de Intermedios (octubre).		— Entrevista de Bolívar y San Martín en Guayaquil (27 de julio).
		— El General Alvarado desembarca en Arica (17 de diciembre). — Ocupación de Tacna (24 de diciembre).	
1813		— Derrota de Torata (19 de enero). — Derrota de Moquegua (21 de enero). — José de la Riva Aguero, proclamado Presidente del Perú (23 de febrero).	
	Prosigue la ofensiva sobre el Altiplano Boliviano con la Segunda Campaña de Intermedios (mayo).		
	— Ocupación de La Paz por el General Santa Cruz (10 de agosto). — Batalla de Zepita (25 de agosto). — Desastre de Falsuri (Bolivia) (16 de octubre).	— Bolívar, investido Presidente del Perú (10 de septiembre).	— Capitulación de Maracaibo (6 de agosto). — Puerto Cabello, en poder patriota (8 de octubre).

de ejército sufre desmedro tal, en ese año, que no hay punto o puntos en los que no merezca censura. De su falta de actividad resultaron todos los fracasos del año, así como la inútil prolongación de la guerra; esta falta fue causa, también, de que su personalidad se viera absorbida y anulada en la vorágine de acontecimientos que se desencadenaba en el continente» *(Hist. Mil. del Perú,* pág. 105).

Estas o parecidas observaciones son comunes a casi todos los historiadores de San Martín; pero resulta poco convincente atribuir el fracaso del mando independiente sólo a su falta de actividad; existían causas iniciales mucho más profundas, de las cuales no fueron sino simples reflejos las señaladas por el estudioso jefe peruano.

Desde fines de 1821 el mando realista decidió mantenerse en el flanco occidental de la cordillera y en el Altiplano; mejoró su dispositivo, aumentó efectivos y elevó considerablemente el grado de instrucción y disciplina de sus soldados.

TEATRO DE OPERACIONES DE SAN MARTIN



Es digno de observarse cómo un puñado resuelto y capaz de oficiales, peninsulares, completamente aislados de sus remotas bases, defendieron su causa tan brillantemente. Organizaban sus unidades para el combate formando pequeños destacamentos combinados de las tres armas, de 1.500 a 2.000 hombres, sumamente ágiles y maniobreros; vivían sólo de la explotación de recursos locales. Supieron explotar superlativamente la resistencia física, frugalidad y bravura proverbiales de las razas india y mestiza. Los soldados de caballería tenían, toda vez que era posible, dos caballos, lo cual les permitía montar parte de la infantería cuando era necesario o aumentar su radio de acción y velocidad. Su disciplina de marcha fue enérgica, y se hacían casi normalmente etapas de más de 60 kilómetros, incluso de noche, al final de las cuales, con frecuencia, se empeñaban en combate.

Sus capitanes, a partir del comandante en jefe, se batían en primera línea, dando ejemplo de coraje, a veces llenos de heridas. Fueron feroces e inmisericordes con los vencidos, particularmente con los campesinos, mostrando un ensañamiento inhumano que está lejos de honrarlos. Es posible suponer que tuvieran una doctrina apropiada y firme, pues se nota el juego eficiente de la iniciativa en comandantes subalternos. Con estas tropas se apoderaron del bastión de los Andes y lo mantuvieron tenaz e inteligentemente. Se dice además que organizaron un buen servicio de informaciones, aprovechando las conexiones que habían dejado en Lima, de modo especial entre gente cortesana y de convicciones afines a su causa, hecho que parece ser evidente si se considera que nunca fueron realmente sorprendidos por las acciones independientes, pese a la enorme separación de sus grupos de fuerza.

En el nuevo período quedó rearticulada así la estructura defensiva realista:

— En el valle del río Mantaro, y dando frente al Ejército Libertador, situado en la costa de Lima, la agrupación principal de sus fuerzas a las órdenes del General Canterac.

— En la meseta, el Ejército del Alto Perú, que, pese a tener su centro de gravedad echado al Oeste (se encontraba entre Oruro y Puno), mantenía vigilancia sobre la dirección del Norte argentino y constituía al mismo tiempo una especie de masa de maniobra y reserva general.

— Un destacamento en Arequipa, destinado a defender la costa Sur del Perú y los accesos a la montaña por ese sector.

— El Virrey estableció su Cuartel General en el Cuzco, con otro destacamento de efectivos reducidos, punto desde el cual se facilitaba el enlace entre las fuerzas de Canterac en el Mantaro y

de Olañeta en el Alto Perú, por una parte, y con la fracción de Arequipa, por otra.

Fue, pues, un dispositivo adaptado a la geografía grande; las formas del terreno fueron dominadas y explotadas por la maniobra. Pronto habrían de verse los resultados.

A principios de 1822 el General San Martín,

> «... alarmado por los progresos de reorganización de las tropas del Virrey dispuso que se enviara a la provincia de Ica una división de 1.600 hombres con la misión de prevenir cualquier movimiento adversario hacia esa zona de la costa y amenazarlo al mismo tiempo haciéndole creer en un próximo avance a Huancavélica... importante, puesto que su ocupación por parte de los patriotas hubiera determinado la separación de los agrupamientos del Mantaro y de Cuzco-Arequipa» *(obra citada,* pág. 114).

Pero el Virrey, contrariamente a las suposiciones del jefe independiente, no se alarmó y ordenó que dos destacamentos, uno del grupo de fuerzas del Mantaro y otro del de Arequipa, marchando en coordinación, batiera la fracción patriota, lo que así fue, en efecto, el día 7 de abril, durante la llamada sorpresa de La Macacona.

> «La derrota, tan completa como inesperada, causó profunda alarma y desmoralización en los patriotas de la capital; que se vio entristecida con el regreso de los jefes de ella, acompañados tan sólo de algunos dispersos, después de haber dejado capturar y desbandar a las tropas más escogidas que disponía la causa de la libertad» *(ob. cit.).*

Tal fue la última operación ordenada por el General San Martín en el Perú.

Alejamiento del General San Martín

En tales circunstancias viaja éste a Guayaquil, y la entrevista con el Libertador resultó un cotejo de potenciales y no un entendimiento para unir fuerzas. El primero, con su ejército insuficiente, mermado en Ica, por lo demás inactivo y desorientado, con una opinión pública descontenta, si no adversa, y con algunos jefes de cuya lealtad no podía responderse. El segundo, temperamental y arrogante, tenía sus tropas vencedoras e intactas, liquidados sus problemas y ya en poder de Guayaquil.

San Martín, pese a su prolongadísimo esfuerzo, se había colocado en una situación geoestratégica falsa, dados sus objetivos, fuerzas y

procedimientos, y comprendió que sólo efectivos dos o tres veces superiores a los que tenía, amén de una conducción mucho más resuelta, podían haberle permitido intentar, con un índice razonable de probabilidades de éxito, la derrota del adversario, batiendo por fracciones los grupos de fuerza realista.

Esta situación le obligaba, ya lo dijimos, a mantener un largo y perjudicial tren de espera.

Mientras tanto las operaciones evolucionaban en el Caribe de una manera favorable para la causa de la libertad; pero en su culminación, los acontecimientos habrían de tomar un cariz insospechado para la persona del comandante argentino. Sólo un año antes, agosto del 21, Bolívar vencía en Carabobo, y después de consolidar la independencia colombiana proseguía al Sur; en noviembre el General Sucre ingresaba en Guayaquil, cuya posesión era pretendida por el Perú, pretensión apoyada por el General San Martín, y, finalmente, en mayo del siguiente año, el mismo Sucre daba triunfalmente la batalla de Pichincha, que liquidó para siempre el poder español en la Capitanía de Quito, con lo cual el Libertador se colocó en el límite norte del Virreinato del Perú.

El crédito de tiempo, en el que San Martín se excediera tanto, había sido definitivamente agotado mucho antes de que hubiera cumplido su misión, y el convencimiento de este hecho le demostró que el destino histórico daría a otro capitán, más ávido de gloria que él y con las condiciones de carácter y energía que hacían falta, el rol de cortar por siempre el nudo colonial en Sud América. Culminación en la cual tuvo también poderosa influencia, dicho sea de paso, un enredo de intrigas tejido sutilmente por algunos altoperuanos alrededor del Comandante del Ejército del Alto Perú que provocaron el enfrentamiento de dos importantes núcleos de fuerza española entre sí donde y cuando era menos adecuado a sus intereses.

Comprendió, pues, que debía retirarse. Y así lo hizo con su habitual sentido de dignidad.

Ya no presenció el último acto del drama que dirigió y en el que intervinieron todavía sus hombres y sus ideas: la llamada campaña de Puertos Intermedios.

La ofensiva sobre el Altiplano

Pese a su alejamiento, el nuevo Gobierno peruano decidió proseguir la lucha siguiendo los lineamientos dejados por él y que en términos generales consistían en introducir, desde la costa sudperuana, una poderosa fuerza en medio del dispositivo realista (Puno) y desde esta

base realizar operaciones por líneas interiores sucesivamente contra sus diversos elementos.

Cooperarían en esta acción: la división Arenales, que, fuertemente reforzada por tropas colombianas, aferraría las fuerzas de Canterac en el Mantaro; un fuerte destacamento de guerrillas altoperuanas distraería al General Olañeta y, finalmente, una fracción argentina, desde el Este. Ninguna de estas fuerzas auxiliares intervino, debido en gran parte a la complejidad de su coordinación en tiempo y espacio, y sólo se ejecutó flojamente la operación del mayor esfuerzo a órdenes del General Alvarado.

El fracaso, ocurrido antes de que alcanzara siquiera el primer objetivo intermedio (Arequipa), provocó el correspondiente cambio de gobierno en el Perú.

Esta y la siguiente operación fueron las más notables del período sanmartiniano no sólo por los efectivos empleados, sino, y sobre todo, por las ambiciosas misioness impartidas. El General San Martín nunca había empeñado todas sus fuerzas y se había limitado a destacar fracciones con tareas de reconocimiento, simulación o engaño, criterio que no dejaba de tener una poderosa justificación en la evidente insuficiencia de sus medios; las dos campañas constituyeron, en el fondo, esfuerzos por llegar a una decisión del largo conflicto y evitar la intervención militar de Bolívar en el Perú.

La segunda tuvo la misma concepción operativa e idéntica base de partida: la costa Sur peruana; fue diferente tan sólo la profundidad de la penetración y su punto de aplicación.

El nuevo mandatario peruano designó como Comandante en Jefe al General Andrés Santa Cruz, boliviano, y Jefe de Estado Mayor, al General Gamarra, peruano.

Las tropas, que alcanzaron un efectivo de 5.000 hombres, fueron fraccionadas en dos columnas, que marcharon paralelamente por senderos no transitados hasta entonces y en dirección perpendicular al Altiplano, evitando todo contacto con las tropas enemigas. Realizaron la más notable de las marchas patriotas en territorio adversario, pues lograron penetrar en la meseta boliviana sin que las tropas realistas se hubiesen apercibido. Santa Cruz llegó a La Paz y la ocupó; Gamarra, a Viacha, distante menos de 30 kilómetros, colocándose así en la mejor situación conseguida hasta entonces. Seguramente no les sirvió de poco su profundo conocimiento de los secretos de la región andina, de donde ambos eran nativos. Desgraciadamente, la audacia y la resolución los abandonaron, ocasionando su perdición, pese a que habían sido reforzados por un destacamento de unos 1.000 guerrilleros altoperuanos, dirigidos por el caudillo Lanza.

CALENDARIO COMPARADO NUM. 5

Años	Teatro de operaciones del Altiplano boliviano
1824	— Bolívar es declarado Dictador del Perú (10 de febrero). — Convenio de Tarapaya (Bolivia) entre los generales españoles Olañeta y Valdés (9 de marzo). — Iniciación de la «Guerra doméstica» entre los ejércitos españoles del Altiplano Boliviano (junio). — Batalla de Junín (6 de agosto). — Batalla de Ayacucho (9 de diciembre).
1825	— Ocupación de la ciudad de La Paz por el guerrillero Lanza (8 de enero). — Ingreso del General Sucre al Altiplano Boliviano (Norte) (enero). — Ingreso del General Arenales al Altiplano Boliviano (Sud) (febrero). — Combate de Tumusla, Bolivia, entre fracciones realistas y muerte del General Olañeta (2 de abril). — Declaración de la Independencia de Bolivia (6 de agosto).

La fracción Gamarra persiguió a las tropas del General Olañeta hasta Oruro, sin alcanzarlas. Santa Cruz, por su parte, después de haberse empeñado en una acción en Zepita, al oeste del río Desaguadero, perdió asimismo contacto con el enemigo y cometió el error de repasar el río y volver a internarse en el Altiplano buscando a Gamarra, lo que consiguió sólo al precio de permitir también la reunión de Olañeta con Canterac, hecho éste que les hizo pensar que la única solución consistía en retirarse, por lo cual tomaron el itinerario inverso, tenazmente perseguidos por las fuerzas españolas.

Fue una retirada desastrosa, en la que perdieron la mayor parte de sus tropas y armas. Fuera del destacamento del guerrillero Lanza, ninguna de las otras fuerzas, cuya concurrencia se había planeado, igual que para la anterior campaña, pudo intervenir.

Troya, la de las murallas de granito

Las operaciones posteriores a éstas fueron conducidas por el Libertador Bolívar, después de una movilización y preparación del potencial humano y material, exhaustivas y enérgicas que le permitieron obtener la calidad y cantidad de hombres y medios adecuados al fin buscado

en función de una idea estratégica sencilla, pues las acciones se realizaron a partir del valle del Mantaro (batallas de Junín y Ayacucho, extremos Norte y Sur, respectivamente) y simplemente sobre un segmento del eje estratégico fundamental: Lima-La Paz-Buenos Aires.

En las dos batallas decisivas mencionadas no intervinieron, afortunadamente para la causa de la libertad, todas las tropas realistas que podían haberlo hecho, debido a que una parte importante de sus efectivos —se calcula que unos 9.000— fueron distraídos en luchas internas entre los propios jefes españoles, que tuvieron lugar en el Altiplano boliviano, donde finalizó la persecución patriota. El acucioso escritor Charles W. Arnade dice a este respecto:

> «... el germen de la discordia... había crecido hasta tomar proporciones catastróficas, causando el colapso y la derrota de los ejércitos españoles en los Perús, y con ello la causa española en América» *(La dramática insurgencia de Bolivia,* pág. 134).

El mismo Libertador Bolívar, después de la decisiva batalla de Ayacucho, se dirigía en estos términos al disidente general español, que, obedeciendo, al parecer, un destino ineluctable, derrumbó por dentro la ciclópea fortaleza que sostenía las fuerzas de su patria *(sic):*

> «... la victoria de Ayacucho nunca dejará olvidar lo que debemos a usted; más que nunca nosotros debemos agradecer a usted por la oportuna división del ejército español que usted ha emprendido en el Alto Perú» (citado en *La dramática insurgencia de Bolivia,* pág. 171).

De esta manera, y no sólo por el acaso, la guerra de la Independencia sudamericana terminó donde había comenzado dieciséis años antes.

Fantasía

Si en 1813 San Martín hubiese elegido el curso de acción Buenos Aires-(Tucumán)-La Paz-Lima, teniendo en cuenta el estilo lento y acabado de conducción que le era peculiar, podríamos suponer, forzando la fantasía, que habría podido esbozar algo semejante al siguiente esquema estratégico:

Primera fase

Enunciado general

1817. Llegar a la cordillera oriental del Alto Perú (éste fue el año en el que, después de preparar su ejército en Mendoza, marchó sobre Santiago de Chile).

Implicaciones

a) Ocupar Potosí y los valles de Cochabamba, Sucre, Tarija y Santa Cruz.

b) Organizar el gobierno altoperuano o de las Provincias Altas.

c) Crear el ejército altoperuano.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Los tres ejércitos auxiliares argentinos consiguieron la realización del enunciado general y de lo establecido en la implicación *a),* en tres meses aproximadamente.

SEGUNDA FASE

Enunciado general

1818. Atravesar el Altiplano, llegar a la cordillera occidental del Alto Perú, ocupar el río Desaguadero (Sur del lago Titicaca).

Implicaciones

a) Ocupar La Paz y Oruro.

b) Destacar desde la Argentina un ejército auxiliar a Chile (Mendoza-Santiago).

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

El primer ejército auxiliar argentino ejecutó el enunciado general y la implicación *a),* en su totalidad, en cuatro meses. El segundo lo consiguió parcialmente en seis meses y el tercero lo intentó durante uno.

TERCERA FASE

Enunciado general

1819. Llegar al valle del río Mantaro (seis meses).

Implicaciones

a) Organizar el Gobierno del Bajo Perú.

b) Crear el ejército peruano.

c) Ocupar Arequipa y destacar elementos adelantados a la costa Sur peruana.

d) Estimular la liquidación del conflicto en Chile si aún no lo estuviera. Aplicar *a)* y *b)* en Chile.

e) Iniciar la organización de la flota del Pacífico (Argentina, Chile Perú).

Antecedentes históricos

El General San Martín culminó su campaña terrestre en Chile, cumpliendo también sus objetivos políticos, en algo más de un año.

Cuarta fase

Enunciado general

1819. Ocupar Lima y la costa (seis meses).

Implicaciones

a) Prever sea la desmovilización y repatriación de los ejércitos aliados sea su empleo en otras zonas del continente en las que todavía no se hubiese conseguido la derrota de las fuerzas realistas, obrando en función de las circunstancias.

b) Intensificar esfuerzos para aumentar la flota aliada y conseguir superioridad marítima.

c) Establecer enlace con Chile y prever el envío de refuerzos suficientes por mar para concluir la guerra si persistiera.

d) Reforzar las defensas de la costa.

Antecedentes históricos

La mayor parte de los barcos que apoyaron al Ejército Libertador del Perú pertenecían al gobierno chileno.

Qunta fase

Enunciado general

1820. Acontecimientos imprevistos que demoren la ejecución de este plan.

Conclusión general

De haber sido éste, aproximadamente, el decurso de los acontecimientos, los resultados habrían traído las consecuencias siguientes:

1. Reducción de la duración de la guerra, por lo menos, en cinco años.

2. Distinta estructura política sudamericana; posiblemente una confederación de los dos antiguos virreinatos y la Capitanía de Chile.

3. Encuentro de los dos ejércitos libertadores al norte de la línea del Ecuador y en distintas circunstancias.

General JUAN LECHIN
Bolivian Embassy
106 Eaton Square
LONDON SWIW 9AD
(England)